

Homilía en la Misa Funeral por el Papa emérito Benedicto XVI
Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta. Catedral de Cádiz.
Sábado, 07 de enero de 2023

Queridos hermanos sacerdotes, consagrados, movimientos y asociaciones, cofradías, Pueblo Santo de Dios:

El último día del pasado año murió Benedicto XVI que ya ha recibido cristiana sepultura entre los Papas que le precedieron. Hemos orado por él llorando su pérdida como padre y pastor. Hoy, en esta Catedral, la Iglesia que peregrina en Cádiz celebra estas exequias encomendando al Señor su eterno descanso y dando gracias por el regalo tan grande que ha sido su doctrina, magisterio, pastoreo y su testimonio de “humilde trabajador de la viña del Señor” –como el mismo se definió, como verdadero “cooperador de la verdad” –lema que marcó el propósito de su entrega como pastor—. Agradezco vuestra presencia aquí, unidos en el Señor, que manifiesta la comunión de la Iglesia, vuestra firme eclesialidad y adhesión a la Sede de Pedro.

El pontificado del Papa Benedicto XVI comenzó citando a su predecesor en la Sede de Pedro, como queriendo prolongar un mensaje compartido por ambos para esta sociedad de cultura posmoderna: “*No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo*”. Esta invitación convencida fue ahondada, extendiéndose en su copioso magisterio que giró siempre en torno al Amor de Dios que nos sostiene, que nos asegura la comunión con el Eterno, que nos conforta en la vida y da razones para vivir, librando a los hombres de sus miedos, miserias y maldades. Esa Caridad, que ha sido el faro que ha iluminado su vida y ha centrado su magisterio, es también el fuego del Amor divino que le confortó, lo llevó a una humildad ejemplar y a esa mansedumbre amable, característica de su persona, que tantos han alabado estos días, pero también a la coherencia con la Verdad –que es la única explicación de su renuncia final al gobierno de la Iglesia— y a una paciente fortaleza para no desfallecer ante la embestida del mal, de esos “lobos” que desde el inicio sabía que habían de aparecer. Porque ser pastor –como él mismo dijo y Francisco recordó en sus exequias— «*quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la Palabra de Dios; el alimento de su presencia*». Ahondando en lo profundo de su persona sabemos, sobre todo, que su ministerio fue el «*servicio en una persona que no vive y actúa para sí misma, sino para Cristo y, por tanto, para todos*», y que la autenticidad de su vida y predicación fue siempre fruto de un camino interior de búsqueda personal “*del rostro del Señor*” (Sal 27,8) en una inquebrantable fidelidad.

Hoy le encomendamos al Dios del Amor y de la Misericordia infinita. Estamos aquí para orar en torno al altar celebrando la Santa Misa, de valor inigualable, memorial vivo de la Pascua del Señor, manantial inagotable de vida, medicina de inmortalidad. Nos conforta la Palabra de Dios que fundamenta nuestra esperanza para vivir aquí como peregrinos a la casa del Padre.

La misma Palabra del Señor que con tanto acierto predicó nos sigue orientando ahora. «*La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta?*» (*Spe Salvi* n. 49). Estas palabras de los últimos compases de la encíclica *Spe Salvi* sobre la esperanza cristiana cobran en el momento de su muerte un espesor del todo singular. Nos hacen pensar, porque la enseñanza de Benedicto XVI sale al encuentro de la pregunta que, más o menos conscientemente, pone en movimiento la libertad de todos nosotros cada mañana: ¿vale la pena levantarse y trabajar, amar y sufrir? ¿Existe una meta para mi camino como hombre?

En virtud de la esperanza digna de crédito que nos ha sido dada «*podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino*» (*Spe Salvi* n. 1). Porque «*solo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente*» (*Spe Salvi* n. 2). La esperanza cristiana nos hace volver al Amor de Dios y reconocer la fuerza y el valor de la fe para vivir.

La meta, en efecto, es solvente y digna de crédito, es una Persona: «*No son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. Y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces (...) somos libres*» (*Spe Salvi* n. 5): Jesucristo muerto y resucitado, que revela plenamente el rostro de Dios y permanece vivo entre nosotros en la comunión cristiana, es la respuesta afirmativa a estas preguntas.

La fe en la vida eterna es la meta cierta que nos llena de esperanza y hace posible el camino de la vida presente. Benedicto XVI ha sido un testigo incansable de esta buena noticia para todos los hombres. Esta buena nueva nos conforta también a nosotros hoy y nos fortalece en la oración. Él estaba convencido de que, en su esencia, el cristianismo no es una serie de ideas, doctrinas y mandamientos éticos, sino el encuentro vivo con el Dios que, como Amor, eligió libremente entrar en una relación de amor con todos y cada uno de los seres humanos. De aquí que el principio de su vida pudiera concretarse en aquella frase de San Benito que gustaba repetir: «nada anteponer al amor de Cristo». Cristo es la persona conocida,

amada, seguida, anunciada y adorada que sostiene nuestros pasos y nos dará la plenitud en el gozo eterno en el cielo, el consuelo del Amor que nunca muere. La felicidad tiene un nombre: Jesús de Nazaret; no quita nada y lo da todo.

Benedicto comprendió el cristianismo como la «*historia de amor*» entre Dios y la humanidad, e interpretó los principios centrales del cristianismo –la creación, la historia de la salvación, la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, María, la Iglesia, el bautismo y la Eucaristía– como capítulos sucesivos de la historia de amor entre Dios y el hombre, como el desarrollo de lo que él llamaba una «*mística del amor personal*» en la que Dios y el hombre se convertían cada vez más en uno en espíritu. A esto se debe su dramática insistencia en la primacía absoluta de la oración en la vida de cada individuo y de toda la Iglesia, y su correspondiente implicación en la evangelización. El mundo no puede vivir sin el Dios-amor revelado en Jesucristo. «Debemos tener una certeza renovada: él es la Verdad y sólo caminando tras sus huellas vamos en la dirección correcta, y debemos caminar y guiar a los demás en esta dirección» (25 de julio de 2005). Porque Dios tiene que ver con nosotros, nos ama, nos conoce y nos llama. Lo encontramos en la fe con una fuerza que lo supera todo. Él nos lleva a los demás, a la sociedad, al testimonio, a los pobres, a trabajar por el bien común, a la caridad social.

También nos reconfortan ahora aquellas palabras suyas en la Misa *pro eligendo Pontifice* (18-IV-2005): «*Lo único que permanece eternamente es el alma humana, el hombre creado por Dios para la eternidad. Por tanto, el fruto que permanece es todo lo que hemos sembrado en las almas humanas: el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma a la alegría del Señor*». Al final de nuestra vida, lo único que queda es lo que hayamos hecho por Dios y por nuestros hermanos, la verdad y el amor que hayamos sembrado en su alma inmortal. Por eso hemos de ejercitar, como hizo él, la «*caridad intelectual*» que abre en cada uno la ventana a la verdad donde se puede vivir la libertad, la experiencia de la belleza y la donación, donde se descubre el arte de vivir y el camino de la verdadera felicidad. Nuestro Papa fue por eso un valiente defensor de la Verdad no reducido por las presiones ideológicas ni los poderes del mundo.

Siguen siendo un consuelo oportuno las palabras dirigidas a quienes se inquietaban por el futuro de la Iglesia tras su abdicación: «*Quisiera invitarnos a todos a renovar nuestra firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre, permitiéndonos seguir adelante cada día, incluso cuando el camino es difícil. Quiero que todos se sientan amados por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha manifestado su amor infinito. Quiero que todos sientan la alegría de ser cristianos*».

Conversando con Peter Seewald unos años más tarde declaró: *«Le veo [a Jesús] directamente ante mí. Por supuesto, siempre es grande y lleno de misterio»*. Y pocos meses antes de su muerte escribió que *«a la luz de la hora del juicio, la gracia de ser cristiano se me hace aún más clara. Me concede el conocimiento, e incluso la amistad, con el juez de mi vida, y así me permite atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte»*. A este Juez Divino, su mejor amigo y Señor, presentamos nuestras súplicas.

Hermanos: La fidelidad de Dios sostiene nuestra esperanza y nuestra oración. Pidamos al Señor por nuestro Papa difunto en esta Eucaristía. Digámosle confiadamente: Buen Pastor, Pan de Vida Eterna, ten piedad de nosotros; buen Jesús, acoge a tu siervo Benedicto contigo para que goce eternamente del Amor fascinante que aquí llenó su corazón en la fe. Y a nosotros aliméntanos, defiéndenos, llévanos a los bienes eternos. Se siempre Tú nuestra prioridad. Danos la gracia de mantenernos como peregrinos firmes en la fe de la Iglesia, con amor obediente y fiel, confiando plenamente en tu providencia. Abre también en nosotros, en cordial amistad contigo, las puertas de la vida; manténnos bajo el soplo del Espíritu, y que en el mundo se difunda y realice la salvación por la que te hiciste hombre muriendo en la Cruz para redimirnos. AMEN.